

vista desde el día en que nació, y habiendo criado por sí misma á San Luis y sus demás hijos, acostumbraba á decir que no podría sufrir que hubiese una mujer en el mundo que pudiera disputarla el título de madre. Y, sin embargo,



Vuelta de la reina Blanca á Paris.

repetía frecuentemente: «Hijo mío, nada en el mundo me es
mas querido que vos; y, no obstante, mejor quisiera perder-
SEGUNDA SERIE.—1864.

ros que saber estábais en pecado mortal.» A la época de la
mayor edad de su hijo le eligió la reina una princesa digna
AÑO XXII. 17.

de él bajo todos conceptos; Margarita de Provenza, á quien amó tiernamente, y cuyo candor era encantador. Cuando el jóven rey gobernó por sí mismo, la reina madre conservó la influencia que le daban en las decisiones políticas su habilidad y experiencia.

Durante una cruel enfermedad, hizo Luis el voto de ir á combatir á los infieles si salía bien de ella. Apenas restablecido, no escuchó otro consejo que el suyo, y partió, dejando de nuevo la regencia á su madre. En aquella circunstancia probó que su amor maternal superaba á la ambición que se la suponía, porque habiendo empleado la mediación de los obispos, y luego las súplicas y las lágrimas para detener á su hijo sin conseguirlo, le acompañó hasta Marsella, y habiendo tenido el presentimiento, en el momento de despedirse, de que no le volvería á ver, perdió el sentido y cayó desmayada.

A pesar de los abusos que una sábia administración había reprimido, quedaban todavía pretensiones que echar por tierra, injusticias que hacer cesar y leyes que instituir. El pueblo sufría y murmuraba bajo la opresión del ambicioso y déspota clero. El cabildo de París, había cargado de cadenas á los aldeanos colonos que no habían podido pagar la renta. Blanca pidió gracia para ellos y prometió hacer justicia. Irritados por la protección de la reina, los dependientes del clero, arrebataron las mujeres y los niños, y desafiaron á la reina.

Indignada de tanta inhumanidad é insolencia, Blanca, temiendo no ser obedecida á causa de las censuras eclesiásticas, marcha derecha á la prisión, y con mano fuerte, armada de un palo y tocando la puerta de un calabozo, da la señal de derribar todas las demás. Mil personas de ambos sexos salen de la prisión y caen á los pies de la reina, bañándolos con lágrimas de reconocimiento.

La reina acabó su obra, hizo confiscar las rentas del cabildo, obligándole á transigir con los aldeanos por una cierta suma anual: de esta manera señaló por un beneficio aquella reina, ya enferma, los últimos tiempos de su poder.

San Luis fué hecho prisionero por los infieles en Palestina. Para volar prontamente á su socorro, Blanca permitió que se armase una porción de gente perdida, de que esperaba formar una tropa disciplinada. Este fué un nuevo azote para la Francia. No pudiendo someter al orden aquel peligroso ejército, sumergida en el dolor por la ausencia del rey y la pérdida de su otro hijo Alfonso; habiendo sabido que el rey se disponía á permanecer en Palestina, Blanca, con el corazón traspasado devoró sus inquietudes; se entregó á un excesivo trabajo, y cayó en la estenuación: una especie de languidez la condujo en tres meses al sepulcro, el 26 de noviembre de 1282: tenía sesenta y siete años.

La pompa de sus funerales correspondió al brillo de su vida, y atestiguó los sentimientos de su pueblo. La regente había hecho edificar un monasterio para recoger cierto número de doncellas huérfanas pobres. Este monasterio, se llamó Lis, y fué dirigido por la condesa de Meurs, amiga de la reina. Aquella gran princesa murió en olor de santidad, y fué enterrada en la abadía de Maubisson. Al saber el rey Luis aquella noticia, se inclinó ante el altar exclamando: «¡Dios mío, he perdido á la que amaba sobre todas las criaturas de este siglo percedero!» Se encerró, y pasó dos días llorando y en oración, sin recibir aun á la misma reina Margarita. Habiéndosele acercado Joinville, le dijo: «¡Ah

senescal, he perdido á mi madre!» y derramó lágrimas.

«¡Señor, era mortal, y os espera en otra vida mejor!» Estuvo por largo tiempo inconsolable, sus mas íntimos pensamientos, sus tiernas afecciones habían tenido por objeto á su madre. Era digna de sus sentimientos y de la veneración de la Francia entera. Dotada en el mas alto grado del talento de gobernar, uniendo la energía de alma, la moderación y la sensibilidad, generosa, hábil y franca, se presentaba á la posteridad rodeada de una auréola de gloria.

Fué enterrada en el monasterio de Lis. El papa Leon X, en 1520, la colocó en el número de los santos.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA,
Vizconde de San Javier.

DON BERNARDINO DE OBREGON.

(TRADICION MADRILEÑA.)

Hacia el año de 1566, cuatro despues del establecimiento de la corte en Madrid por el rey Felipe II, á quien apellidaron el *Prudente* los españoles de su tiempo y el *Demonio del Mediodia* los enemigos de la España, de los cuales fué siempre constante azote, acaeció la verdadera historia que voy á referir á mis lectores. Varones doctos y de gran peso en la república de las letras, han ejercitado en ella su claro ingenio, cosa que debiera retraerme de acometer tamana empresa; pero mi pluma es de tan rebelde condicion como mal tajada, así que no ha sido posible reducirla á términos de escribir cosa que de este asunto no sea. Hecha esta ingenua confesion, concluyo asegurando á quien me leyere, que á falta de otras dotes encontrará novedad en el presente relato, y sin un momento de vagar pongo manos á la obra antes que alguno pueda con razon aplicarme aquellos conocidos versos:

No traigo nada que importe
Tras de tardanza prolija,
Largo parto y parir hija
Propio despacho de corte.

I.

A la estremidad del antiguo Prado de la Villa, no muy distante de la nueva calle de los Olivares, nombre que llevaba entonces la que andando el tiempo se llamó de Alcalá por unos abundantes caños así titulados que allí cerca manaban, dos encubiertas de buen garbo y gentileza marchaban apresuradas en dirección á la puerta recién construida que daba entrada al arrabal.

El toque de oraciones había sonado en el vecino monasterio de San Gerónimo y la noche llegaba á toda prisa envolviendo en sus sombras aquel paraje, solitario y oscuro á causa de la mucha arboleda que le cubría; pero ni lo avanzado de la hora, ni lo yermo de la comarca fueran por sí solo motivo suficiente á producir tanto azoramiento á nuestras fugitivas, que mas desierto páramo y mas sombrías tinieblas quisieran en aquella ocasion; era el aguijon de su conciencia el que ponía alas en sus pies para huir de dos

hombres que las seguían á larga distancia y de quien al parecer les importaba mucho no ser conocidas.

—Vuelve la cabeza, Beatriz, dijo la dama que parecia de mas calidad á su companera, y mira si continúan observándonos, pues sospecho que á pesar de sus protestas vienen siguiendo nuestras pisadas.

—Así es, señora, y la distancia se va acortando en términos, que por mucho que aceleremos el paso nos darán alcance antes que podamos refugiarnos al convento de religiosas de Nuestra Madre del Cármen.

—¡Esta Señora me ampare! ¡Mal haya el capricho que tuve de irme á holgar á la huerta de doña Leonor! ¡Mal haya el insensato que á fuer de sospechoso convirtió nuestro amor en disimulo, haciendo depender su honra en contrariar nuestras mas inocentes acciones, y solo á favor de opresion y encerramiento creyó poner á buen recaudo el cariño y decoro de una mujer! ¡Oh, y cuanto se equivoca quien juzga aprisionar los afectos del corazon á fuerza de llaves y cerrojos, que solo sirven para escitar el deseo y sublevar el espíritu contra tamaña desconfianza! Colocada por mí fatal destino entre un padre justamente irritado y un marido celoso sin fundamento, ¿cuál será mi suerte si llegan á descubrirme?

—Animo, por Dios, señora, decia la criada tratando en vano de infundirle aliento, dejaos de exclamaciones y caminad aprisa, y si es preciso corramos hasta llegar á las Carmelitas; mirad que ya se acercan y somos perdidas si nos reconocen.

—No puedo, Beatriz, no puedo mas; las fuerzas me faltan; un entorpecimiento convulsivo embarga todas mis facultades y me siento desfallecer.

—Pues esperemos, suceda lo que quiera; llegará don Félix é informado del motivo de nuestra salida tal vez se contentará con una ligera reprimenda.

—¡Ah, no, jamás! Nada me salvará; en vano protestaré de mi inocencia; ni aun seré escuchada. He burlado la autoridad paterna y mi esposo teme haga lo mismo con la suya. Este es el origen de sus recelos. ¿Quién me podrá auxiliar, quién socorrerme?

Así exclamaba la afligida señora, fatigando su pecho los ahogados sollozos, á tiempo que por la ya cercana puerta salia un arrogante mancebo seguido por su criado, tal vez en cumplimiento de alguna cita amorosa, y perdónesele el mal pensamiento, pues la hora y el sitio no eran acomodados para otra cosa.

Tabla de salvacion en su cierto naufragio fué la presencia del desconocido para nuestra dama, que dominada por el fuerte instinto de la propia conservacion se dirigió hácia él apresurada, y sin detenerse á calcular las consecuencias, le dijo estas palabras en tono suplicante:

—Caballero, si sois tan galan como vuestra presencia indica, no desechéis el ruego de una mujer afligida que os demanda proteccion. Me importa mas que la vida no ser descubierta por aquellos dos hombres que veis acercarse; procurad detenerlos interin corro á ponerme en salvo, llevando en mi corazon un agradecimiento eterno hácia vuestra persona.

—Deponed vuestro sobresalto, gentil señora, contestó el caballero, y enjugad el llanto que anubla el brillo de vuestros ojos privando á la tierra de sus dos mas refulgentes luceros. Bastárais la calidad de mujer para ser obedecida por quien se precia de hidalgo; cuanto mas que vuestro

mandato es tan de mi gusto que aun me obligais al agradecimiento. Y tened presente que recibiré ofensa si apresurais el paso para evitar el encuentro de quien descortés os persigue, pues desde ahora podeis consideraros tan segura como en el recinto de vuestro gabinete: id con reposo adonde tengais voluntad, mas antes desviad el importuno manto, si no lo habeis por enojo, dejándome admirar ese bello rostro, que no dudo corresponda á la bizarria de tan agraciado talle, á no ser que os contenga el temor de dejarme absorto en su hermosura é imposibilitado para serviros.

Trazas llevaba el amartelado caballero de seguir adelante con su ampuloso razonamiento, propio y acomodado á una época en que las ideas caballerescas fermentaban en todas las cabezas, si la dama no le hubiese interrumpido, exclamando acongojada:

—Hélos ahí: huyamos sin perder momento; ya os daré noticias de mí. Adios.

No se engañaba la encubierta: á muy corta distancia llegaban sus perseguidores, y hubieran tardado poco en alcanzarla, á pesar del apresuramiento con que se entró en la poblacion, á no salirles al encuentro su generoso protector que con el sombrero en la mano y haciendo una ceremoniosa reverencia atajó el paso al de mejor porte, dirigiéndole estas comedidas palabras:

—Señor hidalgo, un caballero reciénvenido espera de vuestra cortesía le otorgueis la merced de no molestar á dos señoras que desean conservar el incógnito y á las que parece seguis con obstinacion: en cambio ved en qué puedo serviros, pues deseo daros pruebas de mi reconocimiento.

Al escuchar tan estraña pretension, miróle el interpelado por cima del hombro, y asomándose al embozo, como diria uno de nuestros escritores antiguos, contestó con mal gesto:

—Si sois forastero, debo enseñaros que en la corte es prudente ocuparse cada cual en sus propios asuntos sin mezclarse en los ajenos; así, puesto que vos nada teneis que ver con esas damas y á mí me va mucho en saber quien sean, apartad á un lado, que en cualquiera otra parte será mas necesaria vuestra presencia.

Y uniendo la accion á la palabra, hubiera seguido su camino sin dársele un bledo del galante gentil-hombre, si este montado en cólera por el aire insolente y malas razones de su adversario no le hubiera parado poniéndole una mano en el pecho, diciéndole al mismo tiempo:

—Tened el paso, seor importuno, porque vive Dios, que si dais otro mas he de clavaros en tierra para ejemplo de rufianes descorteses.

—A tales insolencias solo debe contestarse cortando la torpe lengua que las ha pronunciado; veamos, pues, si os mostrais tan animoso para acometer como audaz para insultar.

Apenas pronunciadas estas palabras, retirándose atrás algun terreno, fuéronse luego uno hácia otro ambos contendientes desnudas las espadas á guisa de mortales enemigos y dispuestos á cruzar los aceros, con sus lacayos por únicos testigos, aventurando su vida por desconfiado el uno, juguete tal vez el otro de una desconocida con mas aire de liviana que de honesta y recogida.

Recientemente comenzaron la pelea é igual fué por algun tiempo la destreza y arrojo de los dos combatientes; empero al poco tiempo, el campeón de las tapadas comenzó á tomar

ventaja sobre su adversario, que retrocediendo ante sus briosos ataques y malparando los certeros golpes, pudo darse por contento de salir con el hombro derecho atravesado de una estocada á fondo, que con un oportuno quite pudo apartarse del cuello, adonde la dirigia su enemigo.

—Estais herido, dijo éste bajando la espada.

—No, no es nada, gritó su adversario enfurecido; si acaso algun arañazo y nada mas: continuemos, defendeos pronto.

Engañado por su coraje, apenas el lastimado caballero trató de renovar el duelo, cuando un dolor agudísimo le impidió todo movimiento en el brazo haciéndole soltar la espada y buscar apoyo en un árbol inmediato á fin de no caer á tierra desvanecido.

Honrado antes que todo, acudió solícito el vencedor á sostener al poco afortunado tratando de prestarle los auxilios necesarios en su apurada situacion. Deseubierta la herida cuidó de contener la pérdida de sangre refrescando la parte maltratada, rasgando su pañuelo para hacer compresas y formando un vendaje de la mejor manera posible, aunque no sin dar pruebas de inteligencia. Gracias á estos cuidados volvió en sí el doliente, aliviándose en términos de poder trasladarse á su casa, si bien ayudado por su agresor y los dos criados, donde fuese asistido de la manera que su estado requeria.

Con el mayor esmero fué conducido casi en brazos de sus auxiliares hasta ponerle en salvamento en su propia habitacion, sin que en todo el camino diese muestras de dolor con exclamaciones ni palabra alguna. Abismado en pesar profundo parecia que la pena de su alma le hacia olvidar los sufrimientos materiales, escitando tan animoso ejemplo el interés de su contrario, no muy satisfecho entre sí de la justicia de su proceder con aquel animoso caballero.

Bien acondicionado éste en lo posible y seguro de que no era mortal la herida, alargó su ofensor la mano en señal de reconciliacion y despedida, dándole sus excusas por el lance ocurrido y reiterándole las mas finas protestas de amistad, si en lo sucesivo quisiera ponerla á prueba.

—Desgracia es para mí, repuso gravemente el maltratado hidalgo, verme de esta suerte á causa de una mujer desenhuelta y por obra de un desconocido, al cual aun no sé como calificar; sabed que mi nombre es don Félix de Alvarado, á quien no podreis menos de contar por enemigo hasta que averigüe si teneis mas parte en este suceso que la que á primera vista aparece.

—Acerca del epíteto injurioso que tributais á la dama origen de nuestro combate, contestó el desairado jóven, nada tengo que reprocharos; he cumplido como debe un hombre bien nacido amparando al débil y nada mas: en cuanto á mí, caballero, soy don Bernardino de Obregon, secretario y ayudante del duque de Sesa, y capitan de arcabuceros de la guardia española; resido temporalmente en la posada de Toledo, donde me hallareis dispuesto siempre á daros las esplicaciones convenientes.

II.

Pocos dias despues de los acontecimientos referidos, un grave y maduro escudero se presentó en la residencia de Obregon solicitando entregarle en su propia mano un mensaje importante. Conducido á su presencia sacó del seno

una pequeña caja de rara madera de las Indias, que acompañada de una carta, cuya procedencia femenina trascendia á la lengua segun los irregulares caractéres que cubrian el sobre y el perfume regalado que se exhalaba de ella, entregó al caballero, el cual como discreto y nada novicio en semejantes lances, ni manifestó estrañeza ni preguntó palabra, apresurándose únicamente á despedir al barbudo Mercurio, muy contento por las generosas albricias con que fué recompensado.

A solas el capitan con los dos objetos misteriosos, tocó el resorte que cerraba la caja, animado por el vivo deseo de averiguar al primer golpe el origen y destino de aquellas prendas, que no podia adivinar por su aspecto exterior.

Una magnífica cadena de oro y esmeraldas de la que pendia un rico joyel, se presentó á su vista.

—Hermosa alhaja, exclamó, pero que no satisface mi impaciente duda. Veamos la carta; esta no podrá menos de resolver el problema.

Abrióla y leyó con admiracion lo siguiente.

«Señor caballero:

«La encubierta á quien tardes pasadas amparásteis á riesgo de la vida junto á los caños de Alcalá, os besa las manos, y manifiesta su regocijo por lo bien parado que salisteis del lance que ocasionó su mala estrella. En señal de agradecimiento y recuerdo de accion tan generosa, ruego á vuestra cortesía acepte ese pequeño don usándolo en memoria de

«La dama del Olivar.

P. D. «No se os ocurra nunca averiguar quien soy, pues semejante empeño solo ocasionaria desgracias.»

Apenas concluyó la lectura, le faltaba tiempo á don Bernardino para llamar á su criado Benimarfell, ladino morisco valenciano, cuya destreza tenia harto experimentada, y entenderse con él acerca del medio de llevar á buen remate aquella aventura, pues era pensar en lo escusado creer que el galante jóven hubiese de renunciar á ella, mucho mas despues de recibida la antedicha carta, tan provocativa que á no ser por ella ni aun recuerdo conservaba del suceso del Prado Viejo.

—Es menester, dijo al lacayo, que averigües el nombre y condicion de la dama á quien sirve el escudero que acaba de salir de aquí. ¿Le conocerás donde le encuentres?

—Sí, señor; y tambien al criado de don Félix, aunque no le he vuelto á ver desde la otra tarde.

—Pues no omitas gasto ni diligencia para salir adelante con el empeño, y cuenta con una buena recompensa cuando me traigas á ese interesante servidor.

Por mucho tiempo fueron en balde todos los desvelos empleados por amo y mozo para la consecucion de su intento; inútilmente frecuentaban los sitios de mas concurrencia hechos Argos tras los escuderos de damas encubiertas, sin encontrar al que buscaban, cosa no muy fácil de conseguir en una poblacion de cuarenta mil almas que ya contaba Madrid por aquel tiempo; únicamente con el criado de don Félix, pudo avocarse Benimarfell, pero era un navarro callado como un pez y nada adelantó por consiguiente. Perdiendo iban ya la esperanza aquellos conjurados contra la honra agena, cuando el diablo, que todo lo ahusa, como

posteriormente dijo Sancho, encaminó las cosas á medida de su mal deseo.

Cierta mañana que subía Obregon las escaleras del real palacio acompañando al duque de Sesa, con objeto de asistir á S. M. á la hora de levantarse, bajaba al tiempo mismo de la cámara de la reina una joven señora deslumbrante de hermosura y gentileza, alegrando con su presencia el austero y casi conventual alcázar de Felipe II. Grande era el atractivo de la dama, mucho el donaire de su persona que parecía despreciar los mármoles que pisaba, apreciador inteligente de lo bello era don Bernardino, mas nada llamó tanto su atención como el escudero que en pos de la palaciega y sus dos reverendas dueñas caminaba, pues había reconocido en él al buscado mensajero de la tapada del Olivar.

Una mirada que cruzó con su criado, bastó para ponerlos de acuerdo, continuando tranquilo á desempeñar sus funciones oficiales, seguro de que al regresar á su posada encontraría en ella nuevas agradables.

Volvió tarde y ya le esperaba Benimarfell, á quien preguntó al momento:

—¿Has averiguado algo?

—Solo he podido saber la casa donde vive. Calle del Atochar con accesorias á los Cañizares.

—No es poco. Estamos sobre su huella: constancia y no abandonemos la pista. Toma para refrescar, añadió dándole un escudo de oro.

Desde aquella tarde Obregon, ya paseando la calle caballero en su brioso corcel azabache rodado, ya haciendo terro delante de los balcones, ya aturdiendo el barrio con músicas y serenatas á deshora, procuraba á toda costa obtener alguna muestra de correspondencia de la distraída señora de sus pensamientos, sin cejar un punto en tal desvarío ni por temor á inconvenientes ni en vista del poco resultado de sus festejos. Trazas llevaba el asunto de dilatarse mas de lo que el genio impaciente del amartelado galán sufrir podía y meditando se hallaba á sus solas que medio por violento y desatinado que fuese podría conducirla á presencia de aquella para él deidad vedada, cuando vió aparecer sin ser llamado á la puerta de su aposento el mozo Benimarfell, dándose aires de satisfecho y á guisa de pedir albricias.

—¿Qué se te ofrece? le preguntó don Bernardino distraídamente.

—Señor, ahí espera el escudero de la tapada.

—¿Qué dices? exclamó el amo con alegre sorpresa ¿por fin has conseguido traerle á remolque?

—No viene á remolque sino muy gustoso y viento en popa impulsado por unas cuantas botellas de lo caro y esperanzado en la generosidad de vuestra merced.

—Pues se verán cumplidos sus deseos. Háble entrar inmediatamente.

La gorra en la mano, el cuerpo en arco y mucho arrastre de piés presentóse ante Obregon el señor Otañez, que este era el nombre del infiel vigilante de la encubierta, respirando por todas sus coyunturas el mas vivo deseo de atraerse la voluntad del dadivoso galán. Con sus puntas y collar de marrullero, amaestrado por su misma señora en toda clase de intrigas falsas y livianas, parecía como hecho de encargo para mancillar la honra del marido de la que se había servido de él como encubridor á maravilla para burlarse de la voluntad paternal; así que adornado de tan buenas disposicio-

nes prestó oído grato á las lisonjeras palabras del astuto morisco, el cual no necesitó apelar á grandes esfuerzos de elocuencia para hacerle comprender lo mucho que podría ganar en aquella partida.

—Bien venido sea el escudero, le dijo Obregon, cuando estuvieron solos, feliz sino rige hoy para tí, pues la fortuna se ha entrado por tus puertas si aciertas á complacerme, sin mas trabajo por tu parte que contestar con verdad á mis preguntas.

—En mi conciencia, señor, me creo muy honrado en servir á un caballero tan principal como vuestra merced, y menguado fuera si no aprovechara tan buena ocasión de manifestarle mi celo por sus negocios, que no podía encomendar en mejores manos.

—Pocas serán mis preguntas, pero cuenta con que mi gratitud será mas ó menos crecida al paso que tus contestaciones me dejen mas ó menos satisfecho. Dime en primer lugar ¿quién es y cómo se llama la señora á quien sirves?

—Su nombre es doña Aurora de Sandoval, hija del oidor del Consejo de Lombardía don Pedro; esta dama, loca de amor hace dos años por don Felix de Alvarado, contrajo con él matrimonio secreto, pues nunca su padre quiso consentir en semejante enlace á causa de cierto lance ocurrido en Italia entre don Felix y el hermano de la dama, que puso en mal á entrambas familias, y este es el día que el buen anciano ignora el importante cambio ocurrido en su casa.

—¿Y sin duda los dos esposos habrán adoptado algun medio para verse á solas? pues de otra manera no merecía la pena de ser casados.

—Sí, señor. La casa de doña Aurora linda por su fachada lateral con los Cañizares, sitio en extremo agreste y abandonado, á cuyo terreno da salida una puerta escusada, de la cual don Felix tiene llave, con la que se introduce en el aposento de su esposa la mayor parte de las noches, á no mediar aviso por mi conducto de algun inconveniente grave.

—¡Perfectamente, honrado escudero! estoy satisfecho de tí. Ahora escucha mis intenciones y prepárate á secundarlas. Necesito un modelo estampado en cera de esa preciosa llave, que proporciona á don Felix las entrevistas con su esposa, y tan luego como tenga otra igual en mi poder (cosa que no tardará en suceder) yo te avisaré cuando has de estar prevenido para conducirme á la recámara de doña Aurora.

—Señor, perdone vuestra merced, pero semejante pretension....

—¿Ves esta bolsa bien repleta de escudos de oro? pues será tuya á la mañana siguiente de la noche en que me proporciones ocupar el lugar de su esposo al lado de tu señora. Es la recompensa de los servicios que exijo de tí, pues los demás informes que me has dado yo los hubiese adquirido sin auxilio ageno. Mientras tanto guárdate ese doblon de á dos como muestra de lo que te espera.

—Tiene vuestra merced una manera de dar órdenes imposible de resistir.

—Adios; no olvides que aguardo y soy naturalmente poco sufrido.

Antes de terminar el día siguiente fué dueño el desatentado caballero del molde de la llave fatal que en vez de franquear un paraíso encantador debía dar paso á una larga cuenta de desdichas. Dice un adagio vulgar, sin duda inventado por algun Machiavello de baja estofa, que con paciencia y mala intencion todo se consigue, y en verdad que en la

ocasion presente el malicioso refran no quedó desmentido, pues á las pocas noches puesto de acuerdo con el venal escudero, se dirigia Obregon á deshora hácia los Canizares, bien preparado á cualquier evento, y procurando ahogar en su pecho los dignos y cristianos sentimientos en él aposentados que con sus desbocadas pasiones trabada tenian recia batalla. Empero no era sazón de reflexiones, así que atropellando la prudencia llegó el capitán á la puerta, no tan falsa como su accion fementida, y abriéndola con cautela halló á la otra parte al menguado viejo que le condujo silencioso hasta la habitacion de doña Aurora.

Recogido el cabello y despojada de galas, velaba esta señora en espera del que juzgaba no podía ser otro que don Felix, y tanta era su confianza que aun cuando sintió pasos en la pieza inmediata ni dejó el asiento ni aun alzó la vista de la sabrosa historia de Angélica y Medoro, con cuya entretenida lectura procuraba hacer mas ligera su soledad. A favor de semejante abandono pudo llegar don Bernardino sin tropiezo hasta el medio de la sala, donde quedó parado temeroso de turbar bruscamente aquella profunda calma, ocasionando á la hermosa dama el sobresalto natural al verse sorprendida en su retrete por huésped tan desacostumbrado, y el escándalo y alarma consiguientes, cosas entrambas que le importaba precaver.

Mas solo fué poderoso á impedir la primera el corto momento que tardó doña Aurora en fijar la mirada en el audáz caballero inmóvil en la sombra, y que juzgaba su marido, cuyo silencio empezaba á inquietarla. Renuncio á describir el cambio que se operó en ella cuando puesta en pié y cogiendo un bujía alumbró el espacio de la estancia inundado por las tinieblas, reconociendo en un punto su engaño y comprometida situacion. Pálido el semblante con la cólera y el miedo, anudada la voz en la garganta, estendiendo el brazo en direccion á la puerta,

—Salid, caballero, le dijo con trémulas palabras, ¿qué buscáis aquí? ¿por dónde habeis entrado?

—Sosegaos, señora, repuso Obregon. Las azucenas que han invadido vuestro rostro desalojando el carmin que en él se aposentaba, el susto que revela vuestro ademan, fueran del caso á presencia de algun ladrón, no ante un enamorado que humilde os ruega....

—¡Callad! ladrón sois de mi honor y mi tranquilidad ¿qué podeis decirme que justifique accion tan villana? Marchaos pronto; es la única prueba que podeis darme de consideracion y aprecio.

—Me iré, sí, pero no será sin que antes me escuchéis. Apurad en buen hora todo el vocabulario de dieterios y malas razones que os surgiera vuestro despecho, hermosa enemiga, pero no conseguireis libraros de oír de mi libio una declaracion ardiente de la pasion que habeis encendido en mi alma. Harto tiempo he suspirado á vuestra reja desatentado, ciego, sin una sombra de esperanza, para renunciar de buen grado, cuando la suerte me es propicia, á escuchar de vuestro labio la sentencia que ha de elevarme al colmo de la dicha ó confundirme en un piélago de amargura.

—No sigais, que soy casada.

—¡Un casamiento clandestino!

—Que yo respeto tanto como si se hubiese verificado á la faz del universo entero, y que me proporciona el amparo de un hombre contra todo atrevimiento y desacato en mengua de mi decoro.

—¡Me amenazais, señora! He probado ya el temple de mi espada contra don Felix, por cierto en defensa vuestra, y el éxito me ha dejado tan satisfecho, que no creo á ese caballero tan desprovisto de razon que trate de renovar el lance. Creedme, bellísima enojada, este asunto solo entre vos y yo debe manejarse, único medio de evitar cuantas fatales consecuencias pudiera arrastrar consigo.

—Pero en fin ¿qué intenciones son las vuestras? si yo desecho tan locas pretensiones....

—Entonces, señora, no podreis impedirme que continúe amandoos y gloriándome con el título de enamorado vuestro; los colores que vistais adornarán mi persona; donde vos vayais allí estaré yo; respiraré con delicia el aire que haya azotado vuestro rostro; reverenciare la tierra hollada por vuestra planta; vigilante atalaya os guardaré cuidadoso el sueño, hasta que convencida por tanta constancia y tanto amor de la vehemencia de mi pasion correspondais á ella, si no con otra igual, pues eso lo tengo por imposible, con el suficiente cariño para hacer de mí el hombre mas afortunado.

—¡Vanas ilusiones de una imaginacion delirante! Trato tan criminal no permaneceria oculto mucho tiempo, y una vez descubierto ¿dónde ocultaria mi oprobio, quien me querria acoger, quien ampararme?

—Yo sería suficiente para ello. Pero si la tierra natal os infunde temores, á la otra parte del mar la misteriosa y libre Venecia nos ofrece un asilo impenetrable á todos los poderes; allí, en aquella patria comun, á nadie se pregunta quien es ni de donde viene, como él no trate de mezclarse en los secretos de Estado, y el misterio de nuestros amores no será turbado en manera alguna. ¿Os suspendeis? Vuestro pecho se agita; la purísima luz de vuestros bellos ojos empañada por las lágrimas indica el combate interior que sufris en este momento. Responded, aguardo vuestra decision.

—Marchaos; nunca, jamás podré consentir en vuestros deseos.

Iba á responder Obregon decidido á no soltar la presa que al parecer se iba enredando entre sus redes, cuando el escudero entró precipitadamente en la sala, y dirigiéndose á doña Aurora la habló en estos términos:

—Vuestro padre, mi señor, se halla muy agravado de la dolencia que hace dias le molesta y os llama con urgencia; yo me he apresurado á avisaros antes que otro se anticipe; pero dése prisa vuestra merced, porque toda la casa está en movimiento.

—Dios os guarde, caballero, dijo la dama saludando á don Bernardino; Otañez os acompañará hasta la puerta.

—Id vos, señora, donde el deber os llama, repuso Obregon, que yo aquí espero vuestro retorno: aun tengo mucho que decir, y no habrá sido mi venida en balde.

—Imposible por hoy; tendré que velar al lado de mi padre.

—Pues dadme cita para otro dia.

—Volved mañana.

Y volvió en efecto á la noche siguiente, y otorgada la primer concesion por la frágil dama, á esta entrevista siguieron otras, en las que el capitán de arcabuceros abogó á favor de su mala causa con tan elocuentes razones que dió al través la poca firmeza de doña Aurora, abandonada de su ángel bueno que huyó de su lado para no ser testigo de tanta falsedad é ignominia como se albergaba en aquel alma dominada por el genio del mal.

Obeccados en su amoroso extravío, ó mejor dicho, ennegados en su incontinencia, se deslizaban ambos cómplices por la florida pendiente que debía conducirlos al abismo oculto ante su ciega fantasía, y así como el infeliz hidrópico estragado el apetito, apura inútilmente el vaso cristalino, pues en lugar de refrigerio solo alcanza dar nuevo pábulo á la ardiente sed que le consume, de tal suerte los dos enamorados al paso que multiplicaban sus entrevistas daban crecimiento á las ilusiones de su acalorada mente y con ellas á su olvido del universo entero. Pero al compás que ellos se dormían en una imprudente confianza don Felix de Alvarado vigilaba cuidadoso, y ya enterado de su afrenta meditaba la ocasión oportuna de llevar á cumplido término el deseo de venganza que abrigaba su pecho.

Dando tormento al semblante, por algun tiempo ocultó su pena con cautela, hasta que un día recibió aviso por conducto de Otáñez de no ser posible á doña Aurora esperarle aquella noche, mediante á tener que pasarla en compañía de su anciano padre. No fué menester mas incentivo para que el burlado hidalgo determinase dar cima á sus proyectos, y llegada la hora oportuna, abierta la puerta falsa, de que ya sabemos poseía llave, atravesando de una estocada al escudero que quiso detenerle, descompuesto por la ira, apretando en la diestra el ensangrentado acero y en la siniestra un pistolete de rueda, se presentó como aparecido ante la esposa culpable y el caballero poco escrupuloso, quienes solo por los gritos del criado pidiendo confesion tuvieron antecedente del riesgo que les amenazaba.

Aunque sorprendido Obregon, no era hombre á propósito para dejarse matar impunemente, si bien acusado de culpa por su fuero interno, hizo firme propósito de evitar todo derramamiento de sangre, á no verse obligado á ello de una manera inevitable. Y mucho tuvo que hacer para no quebrantar esta buena resolucion, pues ciego de cólera su enemigo y habiendo disparado sobre él con incierta puntería, le acometió con tal arrojo, que á pesar de haberse puesto á la defensiva rápido como el pensamiento, no halló mas recurso despues de haber parado algunos golpes de su agresor que apagar la luz de un cintarazo y á favor de la oscuridad tomar el camino de la calle conduciendo, ó mas bien arrastrando consigo á doña Aurora.

En esto alarmados todos los criados con los quejidos del moribundo escudero, el estruendo del tiro, y el ruido de la corta lucha sostenida en aquella estancia, llegaban trayendo consigo á don Pedro, que á pesar de sus dolencias no quiso dejar de acudir á saber por sí mismo lo que ocurría en la habitacion de su hija. Allí encontraron al enfurecido don Felix dando reveses al aire procurando á tientas alcanzar á su ofensor, ya puesto en salvo por la parte opuesta, y el anciano Sandoval supo en un punto el casamiento secreto de Aurora con el enemigo de su familia, la liviandad y fuga de su hija y el escándalo consiguiente que hacia pública su deshonor. No pudiendo resistir el buen viejo tantos golpes á la vez, fué acometido de un accidente repentino que acabó con su vida en pocas horas.

Fragilidad, tu nombre es mujer, ha escrito Shakespeare; Lope de Vega, si no tan atrevido en sus aserciones, de gusto mas delicado, ha dicho tambien que las mujeres son *nuestras enfermeras de alma y cuerpo*, y don Felix de Alvarado incierto entre ambas opiniones, aunque sin haber leído á uno ni otro, dió en cavilar con tal empeño sobre la del

dramático inglés, juzgando achaque comun lo que no era sino un caso especial, debido en mucha parte á su intemperancia y poco tino, que para buscar alivio á tanta pena se alistó en una expedicion destinada á la costa de Africa donde halló la muerte sobre las trincheras berberiscas.

DIONISIO CHAULIÉ.

(Se concluirá en el siguiente número.)

JOAQUIN ENRIQUE CAMPE.

Joaquin Enrique Campe, apellidado el Berquin alemán, en una época en que semejantes comparaciones disfrutaban cierta boga, nació en Deensen, del ducado de Brunswick, en 1746. Mas no es él el que debería ponerse en paralelo con Berquin, sino mas bien Weiss, cuyas graciosas composiciones fueron el manantial donde el literato francés tuvo el buen gusto de beber con abundancia. Campe no es solamente un escritor, sino que ocupó un puesto entre los reformadores de la educacion y favoreció de diferentes maneras esta causa.

Estaban estudiando teología en la universidad protestante de Halle, cuando hizo un primer aprendizaje de la enseñanza, pero su vocacion no se decidió hasta mas tarde. Habiendo sido nombrado en 1773 capellan de un regimiento prusiano en Postdam, reconoció impotente su ministerio contra la ignorancia y contra los desórdenes que esta ocasiona, y una triste esperiencia de tres años le decidió á renunciar su destino y á encaminar todas sus ideas hácia los vicios de la educacion. Reorganizar la enseñanza popular era trabajar positivamente en la regeneracion moral de Alemania, y señaló esta tarea á su vida. En aquella misma época, Pestalozzi, de edad de treinta años, como Campe, casado en Zurich con la hija de un fabricante, se sentía movido de compasion hácia la miseria de los trabajadores y de sus familias, y decidido á sacrificar su fortuna, é insensible á las burlas de sus compatriotas, recogía cincuenta niños abandonados, se hacia su maestro y su padre y sentaba desde entonces las bases de un método fecundo para el porvenir.

Campe, por lo menos, no debía hallar la Alemania desfavorable á sus miras. En aquel tardío pero brillantísimo renacimiento del genio germánico en el siglo XVIII, el tratado de Locke sobre la educacion y principalmente el *Emilio* de Rousseau, inspiraron profunda simpatía. Basedow, uno de los hombres mas notable de aquella época, inspirado por el ardiente amor á la humanidad, formó gigantescos planes reclamando su inmediata ejecucion. Segun él, los estudios de humanidades habian caducado ya; y en vez de encerrar á la juventud en el consagrado círculo de la antigüedad profana, era menester ante todo interesarla en los objetos del mundo real: historia, geografía, ciencias naturales y tecnología. En obsequio de la misma juventud debian destruirse las antiguas barreras que en otro tiempo separaban las nacionalidades, y una educacion cosmopolita la pondría en comunicacion inmediata con la gran familia humana. «La ventaja de nuestra instruccion es el hacernos mejores», decía Montaigne, y tal fué tambien la fórmula de Basedow.

Trataba éste de esponder en una coleccion metódica todos los conocimientos indispensables á los primeros años, sin escusar molestia ni gasto alguno; el famoso Chodowiecki se encargaba de grabar cien láminas para ilustrar aquella enciclopedia; los soberanos mismos, atraídos por el ardiente proselitismo de Basedow, contribuían á los gastos de aquella publicación, elevados á la enorme suma, principalmente para la época, de setenta y cinco mil escudos. El príncipe de Anhalt le concedió su proteccion para fundar en Dessau un instituto modelo conocido bajo el extraño nombre de *Filantropin*. La Alemania entera fué invitada á suministrarle colaboradores, y Campe respondió á este llamamiento. Mediaba entre ellos igualdad de miras y aun debemos añadir, igualdad de errores; porque la exageracion del sistema venia á parar en ambos en juicios temerarios dirigidos contra las *humanidades* ó estudios de la antigüedad clásica. Basedow era aquel extraño personaje, desarreglado, violento y despótico, cuya molesta compañía sufrió Goethe siendo aun muy jóven durante un corto viaje y cuya rara fisonomía describió en una interesante página de sus Memorias.

Como Basedow era de tal carácter, bien podia indicar el camino, pero no emprenderlo con paciencia. Muy luego se quedó solo Campe al frente del *Filantropin*, mas despues, para obrar con entera independencia, fué á Hamburgo para fundar una casa particular organizada sobre un plan análogo (1776). A falta de recuerdos que hace poco aun existian en la tradicion de algunas familias, sus libros pueden decirnos el dulce ascendiente que supo adquirirse sobre sus discípulos y el modo varonil con que ejerció su autoridad.

El escrito mas popular suyo, el que ha sido imitado ó traducido en todos los idiomas, hasta en latín, en griego moderno y en turco, *El jóven Robinson*, parece debido á la inspiracion de Rousseau, quien declara que la admirable narracion de Daniel Foe proporciona el mas conveniente tratado de educacion natural. «Será, añade el autor del *Emilio*, el testo para el cual todas nuestras conversaciones sobre las ciencias naturales únicamente servirán de comentarios. Servirá para probar el estado de nuestro juicio, y su lectura nos agradará siempre.» Efectivamente, los viajes y aventuras de Robinson eran un tema feliz para esponder las primeras nociones científicas y las principales verdades morales. En el terreno del diálogo familiar, forma preferida por la esperiencia de Campe, estas digresiones llegan sin esfuerzo; la inteligencia infantil halla donde recobrar aliento y reflexionar por instantes, y se interesa en una especie de drama familiar en que inteligencias igualmente infantiles van por delante de la leccion, tratando de abrirse camino. En labios de tales interlocutores, el tono puede bajarse á todos los grados de sencillez; mas el autor, representado directamente por un solo personaje, tiene reservada una autoridad que comprometeria desempeñando un papel inverosímil.

Las traducciones desfiguran un estilo reputado en Alemania modelo de pureza y de sencillez; pues la suave insinuacion y el natural atractivo del lenguaje desaparecen en un seco análisis, y apenas se podrá dar á conocer el talento de Campe resumiendo en pocos renglones una de las mas patéticas escenas de su obra.

Robinson y Domingo se hallan en plena mar, arrebatados por el furor de las corrientes, sin víveres y sin brújula.

Con este motivo el mayor de los niños se encargó de explicar á los mas pequeños el uso de la aguja imantada, y él mismo habia promovido otra demostracion. Paulatinamente se eleva el tono, el interés dramático sube á su ápice, y para prestarle ó para tomar de él un carácter conmovedor, se mezcla con el drama el mas sublime documento moral. Domingo, entregado á la desesperacion, abandona los remos y con los ojos tristemente fijos en su amo le pregunta si no es mejor tirarse al mar y concluir con la desgracia. Palabras llenas de dulce unción y reconvenções severamente afectuosas comunican de nuevo á aquel alma vacilante la serenidad cristiana, que Robinson debe á tantos años de soledad y de padecimientos. Las probabilidades de salvacion desaparecen una á una, mas ¡qué importa! Aquellos dos hombres, remando siempre en la inmensidad del Océano, no están solos. «Nuestra obligacion es, dice Robinson, que mientras quede en nosotros una centella de vida, debemos hacer lo posible para mantenernos. Y despues, si debe ser así, podemos morir con la consoladora conviccion de que Dios lo ha querido. Y su voluntad, amado Domingo, continuó con voz mas fuerte y con vigor, su voluntad es siempre buena, siempre buena y sabia, aunque como miserables gusanos no podamos comprenderla.» Entretanto, la canoa comienza á dar vueltas, sus brazos caen desfallecidos de cansancio, y la última cima que se descubria de la isla lejana va á perderse detrás del horizonte. «Pero cuando todo recurso terrenal ha desaparecido, dijo por sí el padre esta vez, cuando la miseria del desgraciado ha subido á su colmo, y no parece que le queda ningun camino de salvacion, entonces, queridos hijos, la mano de la Providencia viene á socorrernos por medios que no habíamos sospechado.» En efecto, en medio de aquellas angustias se oye la repentina exclamacion de Robinson: «¡Animo, Domingo, Dios quiere que vivamos!» La obra original de Foe, «esta exhortacion al trabajo y á la esperanza en Dios» (Villemain), no presenta nada mas elevado.

¿Para qué vacilar ahora en mostrar á Campe juntando el ejemplo con el precepto, á fin de hacer pasar á los hábitos de la conciencia la sumision á las humildes obligaciones de cada dia y la escrupulosa renuncia de mil pequeñas debilidades de los sentidos? Por consiguiente, su candor no retrocedió ante ciertos pormenores tomados al parecer de su vida privada. Testigo de ello es esa encantadora leccion de sobriedad, en que el *padre* reconoce de buen grado que ha obrado muy mal respecto á haber contraído en su juventud el hábito del café, del té, de la cerveza y hasta el del tabaco, en términos que se encuentra tiranizado por muchas necesidades y condenado á varias molestias. Pero su resolucion está tomada. «Desde hoy, dice, no tomo mas tabaco, ya no fumo; desde hoy no bebo mas té, ni café, ni cerveza; y en cuanto al vino puro, lo usaré raras veces y solo para fortalecerme el estómago. Ciertamente es, que me costará trabajo, porque el hábito es muy antiguo y ya soy viejo; mas no importa, así estaré mas contento con haber sostenido mi resolucion. La gente se ocupará de mí; uno dirá: quiere singularizarse, remedando á Diógenes; otro dirá: Es un maniático que halla placer en atormentarse á sí mismo. De esta manera hablará la gente; pero, amados hijos, cuando quereamos hacer algo bueno delante de Dios y de nuestra conciencia, no tenemos que preguntarnos lo que dirá el mundo.....»